

Apéndice

Capítulo suprimido de *Persuasion*
(Sustituido por los capítulos XXII y XXIII)

Con esta información sobre el señor Elliot y esta autorización para comunicarla, Anne abandonó Westgate-buildings abismada en lo que acababa de oír, anegada de emociones, pensamientos, recuerdos y presagios, indignada con el señor Elliot, lamentando el futuro de Kellynch, y apenada por lady Russell, que tanta confianza tenía puesta en él. ¡El embarazo que sentiría a partir de ahora cada vez que le tuviera delante! ¿Cómo se comportaría con él? ¿Cómo se libraría de él? ¿Qué trato le daría en las reuniones que celebraran en casa? ¿Cómo cerrar los ojos? ¿Qué actitud adoptar? Todo era una confusión de imágenes y dudas; una perplejidad, una agitación a la que no veía fin. Caminaba por Gay-street tan absorta aún en todo esto que se llevó un sobresalto cuando la saludó el almirante Croft, como si fuera rarísimo topar aquí con él, cuando estaba a unos pasos de donde vivía.

—¿Viene a visitar a mi esposa? —preguntó—. Le dará una inmensa alegría.

Anne dijo que no.

En realidad no tenía tiempo; se dirigía a su casa. Pero mientras hablaba, el almirante dio la vuelta y llamó a la puerta, diciendo:

—Sí, sí; por favor, pase; ella está sola. Pase a descansar un instante.

Anne tenía tan pocas ganas de compañía en ese momento que la irritó verse obligada de este modo; pero no tuvo más remedio que ceder.

—Ya que es usted tan amable —dijo—, pasaré a saludar a la señora Croft; pero la verdad es que no me puedo entretener más de cinco minutos. ¿Seguro que se encuentra sola?

Se le había ocurrido que podía estar el capitán Wentworth, y le entró un terrible deseo de cerciorarse de si estaba o no, que ésa podía haber sido la pregunta.

—¡Claro! Completamente sola; no hay nadie con ella, aparte de su modista. Pero llevan encerradas media hora; de modo que terminarán en seguida.

—¡Su modista! Entonces estoy segura de que mi visita en este momento será de lo más inoportuna. Así que permítame que deje mi tarjeta, y tenga la bondad de explicárselo después a la señora Croft.

—No, no; de ninguna manera... de ninguna manera. Se alegrará muchísimo de verla. Escuche, no puedo jurarle que no tenga algo especial que contarle; aunque se trata de algo que se hará público en el lugar oportuno. No le daré pistas. Pero señorita Elliot: empezamos a oír cosas singulares acerca de usted —con una amplia sonrisa—. Aunque no parece que case eso con usted, ¿sería como un pequeño juez!

Anne se ruborizó.

—Sí, sí; ya veo. Así que es cierto. Sabía que no nos equivocábamos.

La dejó que hiciera cábalas sobre qué había querido decir. La primera idea disparatada fue que se trataba de alguna revelación de su cuñado, pero un instante después le dio vergüenza, y pensó que lo más probable era que se refiriese al señor Elliot. Se abrió la puerta; y había empezado el criado a negar que estuviera su ama, cuando le detuvo la visión de su señor. El almirante rió de buen grado la broma. Anne consideró excesivamente largo su regocijo a costa de Stephen. Por último la invitó a subir; y pasando delante de ella, dijo:

—La acompañaré arriba. No puedo quedarme porque tengo que ir a correos; pero si espera sólo cinco minutos, estoy seguro de que saldrá Sophy, y no habrá nadie que las moleste. En realidad no hay nadie en casa, aparte de Frederick —abriendo la puerta mientras hablaba.

¡Considerar que tal persona no era nadie para ella! ¡Después de dejar que se sintiese segura, indiferente, tranquila, soltarle a continuación que iba a estar con él en la misma habitación! ¡Sin un segundo para serenarse, para decidir su actitud o adoptar una línea de conducta! Sólo tuvo tiempo para palidecer, antes de cruzar la puerta y enfrentarse a los ojos asombrados del capitán Wentworth, que se hallaba sentado junto a la chimenea aparentando leer, y sin esperar otra sorpresa que el regreso prematuro del almirante.

El encuentro fue igualmente inesperado para los dos. No pudieron hacer otra cosa, sin embargo, que sofocar sus sentimientos e intercambiar un sencillo saludo; en cuanto al almirante, estaba demasiado acelerado para permitir ningún silencio embarazoso. Repitió otra vez lo que había dicho sobre su esposa y demás, e insistió a Anne para que se sentase un momento y se pusiese cómoda: sentía tener que dejarla, pero en seguida estaría con ella la señora Croft, y ahora mismo subía él a decirle que la esperaba la señorita Elliot. Anne se había sentado, pero se levantó a continuación para rogarle que no interrumpiese a la señora Croft, y repetirle que era mejor pasar a verla en otro momento. Pero el almirante no quiso escucharla. ¿No se le perdonará

a Anne que no volviera a la carga con incansable perseverancia o, con más pasiva determinación, que no abandonara tranquilamente la habitación (como desde luego podría haber hecho)? Si no la *horrorizaba* pasar a solas unos minutos con el capitán Wentworth, ¿no se le perdonará que no quisiera que él pensase que sí? Volvió a sentarse, y el almirante dio media vuelta; pero al llegar a la puerta, dijo:

—Frederick, ven un momento, por favor.

Fue el capitán Wentworth, y prosiguió el almirante:

—Dado que os dejo solos, creo que estaría bien que le dices un poco de conversación. Así que, por favor...

Aquí se cerró la puerta de golpe. Anne adivinó cuál de los dos lo había hecho, y no pudo oír lo que siguió a continuación, aunque le fue imposible no distinguir alguna frase suelta; porque el almirante, considerando la puerta firmemente cerrada, habló sin bajar la voz, aunque Anne oyó que su interlocutor le rogaba que la bajase. Evidentemente hablaban de ella. Oyó que repetían varias veces su nombre y el de Kellynch. Estaba violenta. No sabía qué hacer o esperar; y entre otras angustias, la asaltó la posibilidad de que el capitán Wentworth no volviese a la habitación después de acceder ella a quedarse, lo que sería una frustración indecible. Al parecer hablaban del alquiler de Kellynch. Oyó decir algo así como que haber firmado (o no haber firmado) el contrato de alquiler no era probablemente demasiado preocupante; pero dijo a continuación:

—Odio las cosas a medias. Tengo que saberlo ya. Sophy piensa igual.

A continuación, en tono más bajo, el capitán Wentworth pareció protestar, querer que se le excusase, aplazar algo.

—Bah, bah —respondió el almirante—; ahora es el momento; si no le hablas tú, me quedaré a hacerlo yo.

—Está bien, está bien —dijo su compañero con cierta impaciencia, abriendo la puerta mientras hablaba.

—Entonces, ¿me prometes, hacerlo? —replicó el almirante con su vozarrón natural, que no amortiguaba una delgada puerta.

—Sí, sí —y el almirante se marchó a toda prisa. Se cerró la puerta, y llegó el momento de quedarse Anne a solas con el capitán Wentworth.

Anne no intentó mirar su expresión, pero el capitán Wentworth se dirigió inmediatamente a la ventana como confundido e indeciso, y por espacio de unos cinco segundos Anne se arrepintió de haber accedido a quedarse: lo juzgó indiscreto y poco delicado, y se ruborizó.

Sintió deseos de hablar del tiempo o del concierto, pero sólo se animó a procurarse alivio cogiendo un periódico en las manos. Terminó, no obstante, el tenso silencio; porque medio minuto después se volvió él, y acercándose a la mesa junto a la que estaba sentada, dijo con voz forzada y turbada:

—Debe de haber oído lo suficiente para saber que he prometido al almirante Croft hablarle de un asunto particular, y este convencimiento me decide a hacerlo, aunque repugna a mi... a mi sentido de lo correcto tomarme semejante libertad. Confío en que sepa dispensar mi atrevimiento, considerando que hablo exclusivamente por deseo de otro, y sólo por necesidad. El almirante es un hombre al que nadie que le conozca como le conoce usted puede tachar de impertinente. Sus intenciones son siempre de lo más amables y bienintencionadas, así que comprenderá que no le mueve ningún otro motivo para la petición que ahora, con... con un sentimiento muy especial, me veo obligado a hacerle.

Calló, aunque sólo para tomar aliento, porque no pareció esperar ninguna respuesta. Anne escuchaba como si su vida dependiese del contenido de ese discurso. El capitán Wentworth prosiguió con forzada diligencia:

—El almirante ha sido informado esta mañana confidencialmente de que usted era... a fe que me produce embarazo y vergüenza —exclamó, hablando con la respiración agitada— exponer todo esto a una de las partes... Tal vez no me comprenda. Han dicho de manera muy reservada que el señor Elliot... que su familia lo ha dispuesto todo para la unión del señor Elliot y usted. Han dicho también que van a vivir en Kellynch, que se les va a ceder Kellynch. El almirante dice que no sería correcto. Pero ha pensado que podría ser deseo de las partes. Y lo que él me encarga que le diga, señorita Elliot, es que si es ése el deseo de su familia, cancelará su contrato de alquiler de Kellynch, y él y mi hermana buscarán otra casa, sin pensar que hacen algo que no harían *ellos* en circunstancias parecidas. Eso es todo. Con que me diga una palabra será suficiente. ¡Me parece de lo más extraordinario que, de todas las personas de este mundo, se me haya encargado a mí esta comisión! Créame, señorita Elliot, que no es a mí al que menos doloroso resulta. Sin embargo, unas pocas palabras pueden poner fin a la violencia que los *dos* podamos sentir.

Anne dijo una palabra o dos, pero fueron ininteligibles; y antes de conseguir dominarse, añadió él:

—Con que me diga que el almirante puede preguntar directamente a sir Walter es suficiente. Diga sólo eso, que le pregunte a él, y saldré en su busca con el mensaje.

—No —dijo Anne—; no hay ningún mensaje. Ha sido mal infor... el almirante ha sido mal informado. Rindo justicia a la bondad de sus intenciones, pero está completamente equivocado. No hay una sola verdad en ese rumor.

El capitán Wentworth se quedó callado un momento. Anne volvió sus ojos hacia él por primera vez desde que había entrado en la habitación. Vio que cambiaba de color, y que la miraba con una fuerza y una intensidad que pensó que no poseían más ojos que los suyos.

—¿No es veraz esa información? —repitió—. ¿No contiene nada que sea cierto?

—No.

El capitán Wentworth había estado de pie, apoyándose en una silla o jugando con ella. Ahora se sentó, acercó la silla un poco más hacia Anne, y la miró con una expresión que contenía algo más que simple penetración... algo más dulce. El semblante de ella no se desalentó. Fue un diálogo mudo pero intenso: de súplica por parte de él, de aceptación por parte de ella. Se acercó un poco más, le cogió una mano, y se la apretó: «¡Anne, mi queridísima Anne!», exclamó con el corazón rebosante de sentimientos emocionados, al tiempo que olvidaba todas las dudas y todas las indecisiones. Se reconciliaron. Restablecieron todo lo que habían perdido. Se sintieron transportados al pasado con el cariño y la confianza aumentados, y con una trémula felicidad que la aparición de la señora Croft, poco después, interrumpió de manera inoportuna. Probablemente —a juzgar por ciertos comentarios que hizo durante los diez minutos siguientes— sospechaba algo. Y aunque una mujer de su carácter no podía desear que su modista la tuviese más tiempo prisionera, buscó excusas para dar una vuelta por la casa, no fuera que el mal tiempo rompiera una ventana arriba, o para hablar con el zapatero del almirante abajo. Sin embargo, la fortuna favoreció a todos de otro modo, en forma de una lluvia suave y persistente, que empezó nada más regresar el almirante, y cuando Anne se disponía a marcharse. Le pidieron con insistencia que se quedase a cenar. Mandaron una nota a Camden-place, y se quedó... Se quedó hasta las diez; y durante ese tiempo, el marido y la esposa, bien por idea de esta última, o simplemente porque era propio de los dos, estuvieron ausentándose a cada momento de la habitación... unas veces porque habían oído un ruido arriba, otras porque tenían que arreglar cuentas abajo, o preparar la lámpara del rellano. Y de tal modo aprovechó la pareja esos preciosos momentos, que dieron por buenas todas las pasadas ansiedades. Esa noche, antes de separarse Anne tuvo la dicha de recibir seguridades de que en primer lugar (lejos de estropearse) había ganado indeciblemente en belleza personal; que, en cuanto a su carácter, lo tenía él grabado en el alma como la *perfección* misma, y lo consideraba en el justo medio entre la fortaleza y la dulzura; que jamás había dejado de amarla y preferirla, aunque sólo en

Uppercross había aprendido a hacerle justicia, y sólo en Lyme había empezado a comprender sus propios sentimientos; que en Lyme había recibido más de una lección: la admiración del señor Elliot al pasar, al menos, le había hecho reaccionar, y lo ocurrido en el Cobb y en casa del capitán Harville había puesto de relieve la superioridad de ella. Sobre sus anteriores intentos de enamorarse de Louisa Musgrove (intentos nacidos del enojo y el resentimiento), declaró que en todo momento había tenido conciencia de la imposibilidad de llegar a amarla verdaderamente, aunque hasta *ese día*, hasta que había dispuesto de sosiego para reflexionar, no había comprendido las excelentes cualidades espirituales a las que mal se podían comparar las de Louisa, ni el total e inigualable ascendiente que poseía sobre él. Allí había aprendido a distinguir entre la firmeza de principios y la terquedad, entre la resolución de un espíritu sereno y las temeridades del atolondramiento; allí había visto cómo todo enaltecía en su estima a la mujer que había perdido, y allí había empezado a deplorar el orgullo, la insensatez, la locura del resentimiento que le había impedido intentar recuperarla cuando se cruzó en su camino. De entonces a hoy su penitencia había sido de lo más severa. No bien se liberó del horror y el remordimiento que acompañaron a los primeros días del accidente de Louisa, no bien empezó a sentirse vivo otra vez, empezó a comprender que, aunque vivo, no era libre.

Descubrió que su amigo Harville le consideraba comprometido. Los Harville no abrigaban ninguna duda sobre su mutuo afecto entre él y Louisa; y aunque desmintió inmediatamente tal idea, esto le hizo pensar que quizá la familia de *ella*, y todo el mundo, *ella* incluso, podían tener esa misma impresión, y que por tanto su honor no era *libre*. Aunque si la conclusión era ésa, su corazón era demasiado libre. No había pensado verdaderamente en este asunto, no había pensado que su excesiva familiaridad en Uppercross podría acarrearle consecuencias no deseables en muchos aspectos; y que al probar a enamorarse de una de las jóvenes podía dar lugar a rumores desagradables, cuando no despertar un afecto al que él no podía corresponder.

Descubrió demasiado tarde que él mismo se había metido en un lío, y que precisamente cuando llegó al convencimiento de que *no quería* en absoluto a Louisa, debía considerarse atado a ella si sus sentimientos hacia él eran los que los Harville suponían. Esto le decidió a abandonar Lyme y esperar lejos de allí a que se recuperase del todo. Estaba dispuesto a disipar *honradamente* los sentimientos y especulaciones que existiesen sobre él; así que se fue a Shropshire, con idea de regresar a Kellynch, con los Croft, algún tiempo después, y proceder según juzgase oportuno.

Había estado en Shropshire lamentando la ceguera de su propio orgullo y los errores de sus propios cálculos, hasta que de repente le liberó Louisa con el asombroso anuncio de su compromiso con Benwick.

Al punto tuvo Bath en el *pensamiento*, y no mucho después ante los *ojos*. Llegó a Bath lleno de esperanza, para sufrir primero el tormento de los celos, al ver al señor Elliot; para constatar los cambios del uno y el otro en el concierto; para sentirse desventurado ante la noticia que indirectamente le había llegado esa mañana, y para ser ahora más feliz de lo que podían expresar las palabras, y de lo que podía ser un corazón que no fuera el suyo.

Se mostró vehemente y muy emocionado al describir lo que había sentido en el concierto; la velada había tenido una serie de momentos de gran intensidad. Con especial interés se extendió en el momento en que entró en el salón octogonal y se adelantó ella a hablarle, en el momento en que apareció el señor Elliot y la apartó de su lado, y en uno o dos momentos subsiguientes marcados por el renacer de la esperanza y el desaliento.

—¡Verla —exclamó— en medio de quienes no me querían bien; ver a su primo junto a usted, conversando y sonriendo, y comprender lo horriblemente oportuna y conveniente que era esa unión! ¡Saber que la deseaban todas las personas con algún ascendiente sobre usted! ¡Incluso si sus propios sentimientos eran de rechazo o de indiferencia, considerar qué apoyo poderoso tendría él! ¿No era eso suficiente para hacer de mí el imbécil que parecía? ¿Cómo podía pensar en estas cosas sin angustia? ¿No estaba su amiga, sentada detrás de usted, no estaba el recuerdo de lo que había hecho, la conciencia de su influencia, la huella imborrable de la persuasión que en otro tiempo había sabido ejercer, no estaba todo eso en contra mía?

—Debía haber sabido diferenciar —replicó Anne—. No debía haber recelado de mí ahora; porque el caso era muy distinto, y mi edad muy distinta. Si hice mal una vez dejándome persuadir, recuerde que fue para resguardarme, no para exponerme. Al someterme, pensé que lo hacía al deber; pero ningún deber podía invocarse ahora. Casándome con un hombre que me era indiferente, me habría expuesto a toda clase de riesgos y habría violado toda clase de deberes.

—Quizá debía haberme hecho ese razonamiento —replicó él—, pero no pude. No podía valerme de lo último que había observado de su carácter. No podía recurrir a ese conocimiento: lo tenía enterrado, hundido, sumergido en aquellos sentimientos anteriores que me habían estado lacerando año tras año. Sólo podía pensar que era una mujer que se había rendido, que me había abandonado, que se había dejado influir por cualquiera antes que por mí. La veía con la misma persona que la había guiado en ese año de desventura. No encontraba ningún motivo para creer que tuviera ahora menos autoridad sobre usted. Y había que añadir la fuerza de la costumbre.

—Creo —dijo Anne— que mi actitud hacia usted podía haberle ahorrado muchos sinsabores.

—¡No, no! Su actitud sólo podía deberse a la tranquilidad que le daba su compromiso con otro hombre. Me fui con ese convencimiento. Sin embargo... estaba decidido a volverla a ver. Por la mañana recobré el ánimo, y pensé que aún tenía sentido permanecer aquí. La noticia del almirante, a decir verdad, me ha hecho reaccionar; desde ese momento había decidido qué tenía que hacer; y de confirmarla, habría sido mi último día en Bath.

Tuvieron tiempo para hablar de todo esto, con interrupciones que no hicieron sino subrayar el hechizo del momento, y no hubo en Bath dos seres tan racional y emocionalmente felices esa noche como los que ocuparon el sofá del salón de la señora Croft, en Gay-street.

Al regresar el almirante, el capitán Wentworth había hablado con él para tranquilizarle sobre el señor Elliot y Kellynch; y la delicadeza impidió al almirante decirle a Anne una sola palabra al respecto, no fuera a causarle dolor sacando a relucir un asunto tan sensible para ella... ¿Quién sabe? Quizá quería a su primo más que su primo a ella; y a decir verdad, pensándolo bien, si hubieran tenido intención de casarse, ¿a qué esperar tanto tiempo? A la hora de acostarse, tal vez le informó de alguna nueva posibilidad su esposa, cuya actitud especialmente afectuosa con Anne al despedirla dio a entender a ésta que se había dado cuenta, y que lo aprobaba. ¡Fue un día maravilloso para Anne! ¡Las horas transcurridas desde que saliera de Camden-place la habían hecho inmensamente feliz! Estaba embelesada... casi era demasiado dichosa, recordándolo todo. Tuvo que pasarse la mitad de la noche sentada en la cama, y acostada la otra mitad, meditando, para, con sosiego, hacerse idea de su actual situación, y pagar su exceso de felicidad con cansancio y dolor de cabeza.

[*A continuación seguía el capítulo XXIV de la presente edición.*]

Traducción: Francisco Torres Oliver